

La

Fiesta de los Tres

Reyes en Filipinas



Para la inmensa mayoría de los filipinos, la temporada pascual se cierra con la fiesta de la Epifanía del Señor, es decir, la Adoración de los Reyes Magos. Para los no tradicionalistas, ese período—el más alegre y alentador del año—acaba con el día de Año Nuevo.

Quizá pueda afirmarse que la celebración de la Epifanía es, socialmente hablando, característica-mente española. Por esto en Filipinas, quienes mantienen las costumbres, más o menos modificadas o nacionalizadas, adquiridas en el transcurso secular de nuestra convivencia con España, son los que celebran todavía dicha fiesta (que es de precepto aquí como en España), en la forma como se observaba antes con gran provecho y regocijo para los niños, real o aparentemente inocentes aún.

Por lo menos, hasta veinte años después del cese de la soberanía española, casi todas las familias filipinas alegraban a la gente menuda con la grata sorpresa de descubrir, en la mañana de Reyes, juguetes u otros regalos junto a sus zapatos previamente colocados en la ventana, y en los cuales cada cual había puesto la consabida cartita, escrita por él mismo o encargada a la solícita madre o al hermano o hermana mayor que bien podía ser que aun creyese lo afirmado por los

“representantes” de los Reyes o estar ya en el secreto.

Ya desde la Pascua, en que recibíamos los aguinaldos de nuestros padres y padrinos, se nos advertía a los pequeños y mocitos que procuráramos portarnos bien y resolver al comienzo del nuevo año observar mejor conducta, pues, de lo contrario, los Tres Reyes pasarían de largo por nuestra calle sin dejarnos sus regalos, destinados solamente a los niños buenos.

Para movernos, por una parte, a aprender a escribir los que ya teníamos edad bastante para ello, se nos decía que podíamos exponer en una cartita lo que deseábamos recibir de los Reyes, quienes nos darían lo pedido según hubiera sido nuestra conducta. En efecto, escribíamos o garabateábamos nuestras cartas a los Reyes o las mandábamos escribir, y en la víspera de la fiesta las dejábamos dentro de uno de los zapatos colocados en la ventana. Por supuesto, en ese día nuestra conducta solía ser la mejor del año y tan obedientes que nos echábamos a dormir muy temprano, como se nos había indicado, para tener propicios a los “Reyes”.

Al principio teníamos como cosa cierta que los Reyes pasaban por las calles de la ciudad sobre sus respectivos camellos y sus correspondiente séquitos. No podíamos ima-

ginar que fuese otro animal distinto del camello, porque de no ser éste ¿cómo explicarnos el que los Reyes pudieran colocar tan bien los juguetes en los zapatos, sin confundir a sus dueños, colocados aquéllos en el piso alto? Además, en los belenes veíamos siempre a los Tres Reyes con sendos camellos. Andando el tiempo, sin embargo, al camello sustituyeron los Reyes con el aeroplano.

Habiéndonos acostado muy temprano, era inevitable que madrugáramos,—cosa prevista por los Reyes que, naturalmente, ponían el mayor cuidado en no ser sorprendidos en la tarea de la repartición. Sus “representantes” o “delegados” nos advertían repetidas veces que no intentásemos ver a los Reyes en persona, porque si lo hacíamos ya no volverían en los años siguientes.

Y ¿de dónde se surtían los Reyes? Por aquellos años, la Escolta, se convertía en la Ciudad de Oro desde el 15 de diciembre, y aun antes, hasta el 6 de enero. Los escaparates de todos los establecimientos de tan importante vía comercial y que, por entonces, era la única verdaderamente de importancia, se adornaban e iluminaban artística y profusamente, de tal modo que ya el contemplarlos solamente era un deleite que no dejaba de gustar

ningún vecino de Manila, en particular la gente menuda. Los padres llevaban a sus hijos a recrearse viendo los juguetes expuestos, particularmente los de la Puerta del Sol, que tenía entonces la más variada y abundante existencia de juguetes, importados en su mayoría de Europa. Este paseo por la Escolta servía a algunos padres para enterarse de cuales eran los juguetes preferidos por sus hijos, para mandarlos reservar con tiempo para los "Reyes". Otros, los de la clase media y más humilde, llevaban allí a sus hijos para que siquiera disfrutaran éstos viendo los juguetes, prometiéndoles su adquisición... cuando tuviesen el dinero necesario. Entretanto se habrían de contentar con los juguetes de celuloide que a precios muy reducidos se vendían en los bazares de la Avenida de Rizal y que eran casi todos de comerciantes japoneses, o con los de fabricación y estilo nacionales que solían venderse en los mercados de la Quinta o la Divisoria y sus alrededores. La Puerta del Sol anunciaba invariablemente que en la víspera de Tres Reyes habría de tener el establecimiento abiertas sus puertas hasta cierta hora de la noche para conveniencia de los "reyes" rezagados, que habían dejado para última hora, por obvias razones, el adquirir lo necesario para sus favorecidos. Los que de éstos no tenían ya padres a quienes los generosos Magos pudieran delegar su cometido, no quedaban por eso sin la visita de los Reyes pues hacían este papel otros parientes de buen corazón o los mismos padrinos.

Donde los Tres Reyes se presentaban en "persona" era en el Casino Español para provecho y regocijo de los hijos de los socios. Solía formarse la cabalgata de Melchor, Gaspar y Baltazar hacia las cinco de la tarde. Concurría a la fiesta numeroso público, en su mayoría, por supuesto, miembros de

la colonia española y socios del Casino. Predominaba, claro está, la gente menuda, puesto que la fiesta era precisamente para ellos. Ante los ojos sorprendidos y más o menos suspicaces de los pequeñuelos desfilaban los campechanos Reyes que iban dando a cada uno su respectivo regalo, acomodado al sexo y la edad del agraciado.

A propósito de esta fiesta anual del Casino, recordamos que fué en ella precisamente donde un simpático muchacho español,—a quien, por encargo de sus distinguidos progenitores, ayudábamos en el repaso de ciertas asignaturas del bachillerato en las que tenía que examinarse a su regreso a España—, se enteró de la "verdad", es decir, le quitaron la ilusión con que hasta entonces había creído en la realidad de los Tres Reyes Magos como repartidores de regalos entre los niños buenos. "Sentí una rabia cuando me lo dijeron" nos decía el muchacho con gran desencanto. Y era un jovencito de buen corazón, formal y aplicado. Pensamos entonces que los padres no debieran matar la ilusión de los niños, sino dejarlos que experimenten la íntima satisfacción, aunque algo acerba, de descubrir por sí mismos que habían estado señando despiertos.

Ha sido, sin embargo, el barbudo "Santa Claus" el que ha casi desterrado de nuestro país a los amables y amados Reyes orientales que fueron el instrumento de Dios para que se manifestara la gloria de su Unigénito, al ir en pos de la misteriosa estrella hacia la gruta de Belén y postrarse allí ante el Divino Infante y ofrecerle el triple don del oro, el incienso y la mirra. En los últimos años precedentes a la reciente guerra mundial, eran ya pocas relativamente las familias filipinas que alegraban el corazón de sus hijos con el encanto de la visita de aquellos misteriosos reyes que sólo veían ellos con los ojos de la imaginación y durante el sue-

ño, pero de cuya realidad no dudaban a la vista de los hermosos regalos que les habían dejado, muchos de ellos a la medida de sus deseos y esperanzas. Por esto, no era sorprendente que hubiera niños que, al ver en el periódico del día, retratados los Reyes que habían pasado por el Casino Español, preguntaran a sus padres por qué aquéllos no habían pasado también por su casa y dejádoles algún juguete; y a tal pregunta los padres o tenían que inventar alguna excusa o explicación, las más de las veces no satisfactoria, o decirles brutalmente la verdad cercenándoles así la inocencia y la ilusión, sembrando en sus corazones prematuramente la semilla de la duda o suspicacia, porque ya en adelante no habrían de creer tan fácilmente los relatos o afirmaciones de los mayores o habrían de mirar a los hombres y las cosas con ojos de incredulidad o de sospecha.

El hecho de que tres hombres sabios de Oriente fueron a adorar al Niño Jesús en Belén es real como lo refiere el Libro Santo; pero el que esos mismos personajes vengán anualmente a dejar presentes en los zapatos de los niños es una ficción. Sin embargo, es una hermosa ilusión que llena de felicidad el corazón infantil, siquiera una vez al año; ¿por qué, pues, privarles de ese poco de felicidad periódica? ¿por qué no dejar que gocen de ella por muchos años más, retardándoles por lo menos un desencanto de los muchos que inevitablemente habrán de herirles en la vida?

Una buena parte de la infelicidad presente proviene de la prematura muerte de la ilusión y la inocencia en el alma de los niños. Si fuese posible extender la niñez, sería ello indudablemente un medio de anticipar algo de la verdadera felicidad del reino de los Cielos, prometido precisamente a los niños.

E. Fernández Lumbá